El libro de las horas
- Un día en la Plaza -

Miguel Barrueco Ferrero

El libro de las horas

- Un día en la Plaza -

Miguel Barrueco Ferrero

avant
editorial

Primera edición, julio de 2026
© Miguel Barrueco Ferrero, 2026

Maquetación y diseño:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A, 28500
Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

ISBN: 979-13-88206-47-4
THEMA: FBA - 1DSE-ES-HEA - 3MR
DEPÓSITO LEGAL: M-13892-2026

A Trinidad Sánchez, profesora de lengua y literatura,
amiga y correctora, por sus sugerencias y paciencia infinita.
A Aurelio y Pilar, lectores precoces del texto,
por sus comentarios y entusiasmo.

A quienes a lo largo de los años han sentido la Plaza
como el aire y el latido del tiempo en sus vidas.

Índice

Introducción: Un corazón tallado en piedra..... 13

🕑 Hora 00:00 *La hora de las diagonales*..... *29*
🕑 Hora 01:00 *Los que recogen el día* *42*
🕑 Hora 02:00 *Luz tibia para los que aún caminan*..... *52*
🕑 Hora 03:00 *Cuando nadie mira* *60*
🕑 Hora 04:00 *El sonido del agua* *66*
🕑 Hora 05:00 *La Nada*..... *73*
🕑 Hora 06:00 *La frontera del día y la noche.* *81*
🕑 Hora 07:00 *Aumentan los latidos.* *89*
🕑 Hora 08:00 *Un pulso cada vez más fuerte*..... *95*
🕑 Hora 09:00 *Café para despejar la cabeza* *105*
🕑 Hora 10:00 *Mientras la mañana avanza*..... *113*
🕑 Hora 11:00 *Hacia la plenitud*..... *124*
🕑 Hora 12:00 *Mediodía*..... *137*
🕑 Hora 13:00 *La hora de los mayores*..... *148*
🕑 Hora 14:00 *El alma se serena*..... *158*
🕑 Hora 15:00 *La hora invisible*..... *167*
🕑 Hora 16:00 *Tertulias con el café.*..... *175*
🕑 Hora 17:00 *Segundas rondas*..... *186*
🕑 Hora 18:00 *El pulso se acelera*..... *197*
🕑 Hora 19:00 *Formas de pasear* *206*
🕑 Hora 20:00 *Las tertulias al atardecer* *216*
🕑 Hora 21:00 *Citas bajo el Reloj*..... *230*
🕑 Hora 22:00 *La transfiguración.*..... *244*
🕑 Hora 23:00 *Bajo el manto de la noche*..... *255*
🕑 Epílogo *…y doce.*..... *266*

Introducción

Un corazón tallado en piedra

Dicen que toda ciudad guarda un corazón que marca el pulso de su vida: la Puerta del Sol en Madrid, San Marcos en Venecia, la Grand-Place en Bruselas, Times Square en Nueva York…, pero en esta novela os hablaré de mí, de la Plaza Mayor, el corazón de Salamanca.

Mi corazón no se enmarca entre luminosos como Times Square, ni se encierra en una torre como la Grand-Place, ni se oculta tras los muros de una iglesia como San Marcos —¡y mira que hay iglesias en esta ciudad! —, sino que late a cielo abierto, bajo mis arcos dorados, donde la luz se posa y la gente se reconoce. Soy un corazón al alcance de quien se detiene a oír mis latidos y sentir mi pulso sobre losas de granito templadas por el sol y gastadas de pasos. Mis muros son un torso tallado en piedra que acogen el corazón y los pulmones de Salamanca. Mis columnas son vértebras; mis arcos, las costillas que lo envuelven y protegen como un abrazo. Aquí, a cielo raso, cada paso es aire que entra y sale; cada susurro, un latido; cada risa, una sístole; cada silencio, una diástole; cada espera, un aliento contenido.

Soy la Plaza: —la Mayor— porque en Salamanca, cuando dicen «la Plaza», todos saben que se refieren a mí; me reconocen sin apellidos. El adjetivo sobra; me basta el nombre simple, cuyo eco recorre mis piedras doradas. Son otras plazas las que necesitan apellidos: la de los Bandos, la de la Libertad, la de Anaya y tantas otras desparramadas por la ciudad. Todas hermosas; cada una guarda belleza, historias, carácter y circunstancias propias, pero solo yo las resumo a todas, las contengo en su sombra y en su luz; soy la única que no necesita distinguirse con sustantivos ni con calificativos, la que basta nombrar para que todos sepan de qué lugar se habla. Y para ustedes,

si me acompañan en esta historia —como para los salmantinos—, desde ahora seré, sin más, la Plaza.

Soy el símbolo de la ciudad, su centro geográfico y social, su meridiano íntimo y su punto de encuentro. Soy, además del corazón, —permítanme decirlo— el alma de Salamanca, aunque quizá encuentren ustedes quien les asegure que el alma de esta ciudad late en su Universidad —y no les faltará razón: en Salamanca el alma es generosa y se reparte—. Al final, es cuestión de criterio, de sensibilidad, de oído y de silencio para interpretar el pulso de la ciudad. También soy, en cierta medida, una universidad —disculpen la petulancia—, la universidad callada de la vida: no solo acojo los pasos de quienes se acercan a mí, sino que, de alguna manera, les pongo ritmo, los guío, los oriento, como un maestro invisible. Los abrazo entre mis arcos, abiertos de par en par como brazos de piedra que ofrecen cobijo y horizonte a un tiempo; y, mientras los abrazo, les enseño a caminar al paso de la luz.

A lo largo del tiempo he aprendido a escuchar el rumor de los pasos con la precisión de un fonendo en las manos expertas de un cardiólogo: sé cuándo llega un estudiante extranjero, cuándo una madre apurada arrastra a sus hijos de la mano, cuando dos jubilados vienen a pasear y se sientan en su banco de siempre, puntuales como el eco fiel de las campanas. También sé reconocer las ausencias —esas sillas vacías en las terrazas, esos huecos que el tiempo deja en los bancos— y, créanme, las ausencias murmuran con un rumor sordo que pesa más que el silencio.

Desde hace siglos impulso la sangre de esta ciudad, provinciana y universal a un tiempo, humilde en el mapa y, sin embargo, vasta en memoria. Soy un corazón —y unos pulmones— de piedra y aire, caldeados por el sol y curtidos por inviernos de escarcha, desde donde la vida entra, sale y regresa, como una marea que avanza y retrocede, ora impetuosa, ora mansa.

Las calles que confluyen en mí —Concejo, Zamora, Toro y Prior—, y las plazas que se apoyan en mis muros —del Poeta Iglesias, del Corrillo, del Mercado— son mis arterias y mis venas; por ellas

sube y baja el trasiego humano en un ir y venir constante, una sístole y una diástole sin fin, un redoble antiguo y profundo que no desfallece. Cada paso que entra o sale es un latido; cada mirada una gota de sangre henchida de oxígeno que avanza, y entre los latidos se puede percibir también el silencio de la pausa —esa orilla mínima donde todo se escucha mejor—. Tono y silencio juntos, a dos voces, trenzando el ritmo de la vida.

Mi respiración y mi pulso mudan con las estaciones del año, con los días y con las propias horas, como un reloj que se afina bajo la piel del cielo. Me adapto al pulso vital de Salamanca, a su aire y a su ritmo, y la sirvo sin reservas, lealmente, como quien comparte su latido y su respiración. Por la noche, cuando la ciudad duerme, atenúo la frecuencia de mis pulsaciones: clínicamente, podría decirse que entro en bradicardia —*pum, pum*—, esa calma honda donde los ecos caminan de puntillas. En cambio, hay mañanas y tardes en las que acelero el paso hasta rozar los límites tolerables de la taquicardia —*pum, pum, pum, pum*—, con las terrazas palpitando, las risas chisporroteando en el aire y el sol haciendo estremecerse la piedra. Cada amanecer me reanima, cada ocaso me sosiega.

Me cruzan los que compran y los que pasean, los que trabajan y los que toman el sol los lunes y el resto de la semana; los que celebran y los que observan a quienes celebran; los que están de paso y los que permanecen siempre prendidos al suelo, como bancos viejos. También aquellos que, sin hacer nada de lo anterior, vienen para ser vistos: exhibicionistas de la vieja escuela, analógicos, ajenos al postureo de las redes, pero con ese regusto antiguo de ser reconocidos a pie de plaza. Debo decir, en honor a la verdad, que los nuevos exhibicionistas —los digitales— también me buscan como fondo y trampolín: filman aquí sus videos de *TikTok* y sueñan con la viralidad, esa ráfaga luminosa de la fama intrascendente.

En lo esencial, todo sigue igual que cuando Natalia, el personaje de *Entre visillos* de Carmen Martín Gaite, decía que «pasear por la Plaza» era poco menos que obligatorio para ser visto, para ser reconocido en la sociedad salmantina, como si alguien pasara lista bajo

los soportales al atardecer. Todo cambia, todo permanece y, en su mudanza, todo se transforma. Como lo canta Jorge Drexler:

Nada es más simple.
No hay otra norma.
Nada se pierde.
Todo se transforma.

Y aquí, sin puertas que cerrar, abierta de par en par al cielo y a la vida, soy testigo de esa transformación día tras día.

Fui construida a partir de 1729 con piedra de Villamayor —esa piedra arenisca y dorada, que guarda la luz en su interior y al atardecer la deja salir por sus poros— y declarada Monumento Nacional en 1973; sin embargo, soy mucho más que un monumento: soy un hábito, un respiro, una costumbre, un rito cotidiano. Permítanme volver a subrayar mi identificación con Carmen Martín Gaite —quizá sea la escritora que mejor ha sabido mirarme— transcribiendo a ustedes sus propias palabras: «Siempre se acababa desembocando en la Plaza Mayor. Yo nunca la pude ver como un monumento, y sigo negándome a reconocerla en los libros de Historia del Arte que tanto la encomian. La veo como un espacio muy grato y nada solemne, donde se percibe el pulso de lo cotidiano, donde se entra varias veces al día a buscar algo». Y yo, la Plaza, doy fe: aquí se entra a buscar algo, y casi siempre se encuentra —aunque sea a uno mismo, y por un instante—.

¡Entrar a la Plaza a buscar algo! ¡Cómo me gusta esa expresión! ¡Cómo me identifico con ella! ¡Cómo resume el latido de quienes se acercan, en cualquier momento y por cualquier motivo, desde la prisa o el sosiego! Entrar a la Plaza es casi un rito, un sentimiento, un gesto que lo dice todo: todos saben que se adentran en un espacio sagrado, como quien entra en una iglesia, en un museo, en una logia invisible donde se oficia la vida diaria; un gesto que lo dice todo: ¡entrar en la Plaza! Definitivamente, esa es mi mejor definición.

De los acontecimientos históricos que han tenido lugar en mi interior, no les voy a hablar —para eso están los libros de historia,

siempre atentos al dato y a la fecha—. Basta con abrir una página para saber que he sido escenario de patrias y banderas y también de voces que piden justicia, voces que subían en oleadas y golpeaban contra mis muros dorados haciendo vibrar la arenisca. A veces fui aplauso —trueno compartido—; otras, eco de un clamor: herida abierta en la piedra, cicatriz que aún guarda su temblor.

Hoy les hablaré de cosas más intrascendentes, pequeñas en apariencia, pero no menos esenciales. De la vida cotidiana: de cómo conmigo transcurren el día, las horas, los minutos y los segundos; de las historias personales y colectivas que aquí tienen lugar cada día, como hilos que se trenzan y se sueltan; de cómo he visto crecer a quienes llegaron de la mano de sus abuelos y hoy vuelven con sus hijos o nietos, cerrando círculos de generaciones que crujen dulcemente sobre la piedra. Sobre mis losas se cruzan todos los tiempos sin estorbarse: el pasado y presente se saludan y el porvenir asoma, tímido, entre los pasos que aquí resuenan. Y ya les adelanto: no todos pesan igual ni duran lo mismo. Hay instantes que son brasa viva; otros, ceniza en reposo.

He sido plató real de películas como *Nueve cartas a Berta*, del salmantino Basilio Martín Patino; de *Mientras dure la guerra*, de Alejandro Amenábar; y también escenario figurado de otras, como *En el punto de mira*, de Pete Travis. En cada rodaje me he dejado habitar prestando mis piedras como escenario, y luego he vuelto a ser plaza y rutina.

Bajo mis soportales han paseado —o descansado entre tomas en cualquiera de los cafés— cineastas ilustres: Ridley Scott, Miloš Forman, Pete Travis, Alejandro Amenábar y Chema de la Peña. También actores y actrices como Natalie Portman, Javier Bardem, Dennis Quaid, Forest Whitaker, Sigourney Weaver, Fernando Rey, Ángela Molina, Adrien Brody, Penélope Cruz, Jorge Sanz o Maribel Verdú, que dejaron un rumor de pisadas y un perfume de escena antes de disolverse en la vida diaria. Muchos me recuerdan con afecto y no es raro toparse con alguno de ellos paseando o sentado en una terraza, con el café aún humeante y la charla en sordina. Los encontrarán en mis restaurantes, en mis terrazas o, simplemente, bajo los soportales, dejándose llevar por el rumor de la mañana o el vaivén de

la tarde. Al que con más frecuencia verán por aquí es a Chema de la Peña, que me lleva grabada en la hondura de su mirada salmantina, como pupilas antiguas. Todos dejaron algo de sí en mí —un destello, una anécdota, una sombra de rodaje—; y yo, algún sentimiento en ellos.

Entre mis arcos creció y estudió María del Rosario López Piñuelas que ustedes conocerán como Charo López, actriz de grandes y profundos ojos oscuros, de mirada sensual y melancólica, musa de muchos directores de cine y que Chema de la Peña retrató en *Me cuesta hablar de mí.*

Además de plató cinematográfico y televisivo, he sido y soy un escenario musical permanente. Aunque por razones de seguridad mi aforo actual se limita a unas 22.000 almas, en 1982 el *Rock & Ríos* reunió entre mis piedras a más de 40.000 personas. A lo largo de los años he visto desfilar innumerables conciertos memorables y multitudinarios: el más reciente, el de Europe en 2025.

La vida que en mí sucede cada día apenas se parece a la ficción de las novelas o del cine, y, sin embargo, es literaria y cinematográfica: cada gesto escribe una línea; cada mirada compone un plano; cada silencio, un fundido a negro. Podrían parecer apenas estampas costumbristas, un retrato de lo cotidiano, un zoco que muda de piel continuamente, pero no: soy mucho más que ese inventario de gestos y voces; late en aquí una trama que no cabe en las postales ni en las guías. Lo que aquí acontece sólo se revela a quien sabe mirarme con ojos nuevos a cada hora del día y de la noche, como si fuera la primera vez.

La diferencia late en mí, sí, pero también en la mirada de quien me mira. No todos perciben la diversidad que albergo —esa suma de ritmos, luces, sombras y acentos—; sin embargo, hasta los menos atentos —los que suelen abandonarse a la pereza de lo rutinario— acaban sintiéndose aquí, en la Plaza, como en el sofá de su casa, recostados sobre mi latido doméstico. Porque esta es la casa común de los salmantinos —y de quien llega de paso—: su salón, su refugio, su escenario compartido, su sala de estar a cielo abierto.

—Adelante, pasen, tomen asiento… Están en su casa. Crucen el umbral sin prisa: este salón es de todos.

La historia se registra, en cambio la memoria se respira y, al hacerlo, perfuma el aire con su hilo invisible. Y yo quiero que tomen el aliento de este día conmigo, que entren y lo recorran como se habita una casa abierta. Porque, si algo enseña el paso de los siglos, es que lo esencial nunca está escrito en papel ni se cincela en la piedra, sino que se posa en el recuerdo compartido, en la voz que regresa y en la mirada que imagina. Aquí han nacido historias que no figurarán en ningún libro ni aparecerán en dibujo o fotografía alguna y, sin embargo, laten entre las mesas y el eco de los pasos, como el brillo de las luciérnagas en la noche.

Una flor entregada sin palabras, como un secreto que se abre despacio entre dos manos; una reconciliación en silencio bajo los soportales revestidos de oro por la tarde; un adiós que dolió menos porque me tuvo de testigo y envolví su herida y su dolor en el bálsamo de mi aire; un reencuentro inesperado y largo tiempo soñado, latido vuelto presencia; un «te quiero» susurrado con rubor junto a una columna, amparado en la frescura de su sombra como en un confesionario; una promesa sellada con dedos entrelazados bajo la mesa del café, mientras el mundo se contiene ajeno y a la vez cómplice. He visto también lágrimas escondidas tras gafas oscuras y abrazos que cerraban heridas antiguas, suturas invisibles de carne y tiempo, cicatrices que se vuelven piel dorada cuando se cierran. ¿No es eso, también, una forma de eternidad, la eternidad humilde y menuda de lo que permanece sin aspavientos, pero arde en la memoria como brasa discreta?

Quedan ya apenas dos quioscos, mínimos faros de papel y confidencias de palabras encendidas bajo los soportales. Uno, apoyado en la columna maestra que me separa del Corrillo, bajo el arco de San Martín —donde aún puede leerse, como si la piedra recitara con labios de siglos, aquella frase de Cervantes: *Advierte, hija mía, que estás en Salamanca, que es llamada en todo el mundo madre de las ciencias, archivo de las habilidades, tesorera de los buenos ingenios*…—, cerró hace tiempo. El otro, asentado en las escaleras del Ochavo, en el chaflán

de la plaza del Poeta Iglesias, siguió la misma suerte, y su ausencia quedó un tiempo resonando como un eco de pasos perdidos en los peldaños vacíos. Me duele que se pierdan foros para las palabras, y ambos quioscos lo eran, pero no lo negaré: confieso que sentí un alivio interno cuando se retiraron ambos, un respiro hondo que no hice público. Se apoyaban en mí, sin respetarme; se arrimaban a mi costado sin cortesía, usándome de andamio y tapiz; afeaban mis muros, velaban la música de mis sillares, ocultaban los arranques de mis arcos. Y a esas escaleras les tengo un afecto especial: les guardo una ternura antigua; no en vano desde ellas Churriguera comenzó a levantarme, trazó sobre mi piedra su primer compás e imaginó mi primer latido. A veces, incluso los lugares entrañables terminan por doler; no todo lo que se posa sobre una plaza la ennoblece —algunas plumas pesan como losas—. Hay elementos que, aun nacidos con buena intención, terminan borrando el trazo de armonía. Y yo, que me debo a la proporción, reconocía en la sombra de cada uno de esos quioscos las fallas de la mía.

Un corazón ha de saber guardar los secretos de la vida; una plaza, también. Aunque sea el teatro más expuesto a las miradas de una ciudad, una plaza está obligada a custodiar cuanto en ella acontece, a amparar la intimidad sagrada de lo cotidiano. Conozco muchos secretos y no me permito la menor indiscreción: lo que sucede en la Plaza, en la Plaza permanece; lo que la Plaza oye, la Plaza lo acuna en silencio.

Como cualquiera de ustedes, también yo aspiro al amor que no se agota. Por eso me debo a esa Salamanca que sabe guardar los secretos. Soy —como ya habrán intuido— el pequeño universo donde discurre buena parte de la vida pública y privada de esta ciudad, un cosmos doméstico, quieto, palpitante y en expansión. Y en ese cruce de miradas, pasos y silencios, atesoro secretos dignos de cofre y custodia. Aspiro al amor perdurable de quienes me visitan, amparados por la discreción que practico sin alarde: guardo los secretos de ese amor doméstico, hilado cada día con finas puntadas de ternura; y también los del amor fugaz, esa chispa primeriza que brota en la juventud y, si se extravía con los años, regresa con otro nombre

—memoria—, transformada en recuerdos obstinados, de esos que uno no decide guardar; son ellos quienes nos eligen, ocupan su sitio en el corazón y no se marchan, aunque tarden en asomar de nuevo.

El amor, en todas sus formas, alberga secretos. Secretos que se guardan como brasas bajo la ceniza para que el sentimiento no se enfríe. No siempre se proclama en voz alta; a veces basta una visita sin ruido, una mirada furtiva al rincón compartido, un regreso que toca a la puerta después de años de ausencia. Yo sé leer esas señales mínimas: el alfabeto de los gestos sin ruido. Soy experta en amores discretos, perita de sus sombras y su resplandor a media luz.

A propósito del amor y los secretos, les confesaré algo; se lo diré quedamente al oído como se confiesa el amor al ser querido: no reservo rincón alguno —ni barandilla ni verja— para colgar candados para amarrar la eternidad del amor. El hierro no sabe de eternidades, sólo de peso y óxido. Quizá porque el amor no precisa pruebas materiales, ni chapas con iniciales, ni llaves perdidas a propósito en ninguna corriente. Aquí, el amor verdadero no se ata; se susurra en voz baja, se guarda, se recuerda.

Los más curiosos entre ustedes pueden escudriñar las leyendas que, según se murmura, sucedieron aquí. Algunas hablan de amores prohibidos, esas pasiones a deshora que suben por las paredes como hiedra y buscan un balcón donde jurarse amor eterno, como el balcón que jamás se abre en el Pabellón del Ayuntamiento: cerrado a cal y canto, cosido por una barra metálica que, como una cicatriz, atraviesa el centro de sus contraventanas y las amarra a la barandilla, para impedir que nadie lo descorra desde dentro. La leyenda atribuye ese cierre a la represalia de un padre ante el amor no consentido de su hija; un Calisto y una Melibea, que escondía las cartas en los pliegues del vestido y los juramentos pronunciados en voz queda bajo los soportales, con la luna de nodriza y la noche de cómplice. Desde entonces, el hierro vela el balcón como quien custodia una tumba dulce: no se abre, pero tampoco deja morir del todo la historia; un eco nuestro del balcón de Verona, donde la tragedia aprendió a decir «para siempre» con la urgencia de un beso imposible.

Busquen también, bajo el arco de San Fernando, una inscripción cincelada en la piedra que dice: «Aquí se mató una mujer; rueguen a Dios por ella». La historia de esa mujer sin nombre y la causa de su muerte yacen en la penumbra, pero su huella es emblema: en la Plaza también laten la vida y la muerte. Quizá fue un latido que se rindió, un paso en falso, una herida ajena que se volvió propia, quizá la sombra que nadie vio venir… Sea como fuere, la plegaria permanece escrita en la piedra y pide amparo: «Rueguen a Dios por ella». Rueguen también ustedes por esa mujer desconocida, aprendan a decir el nombre de la muerte con voz baja y compasiva.

Y, si aún desean saber más, pregunten por los rostros de los medallones. No todos guardan un lazo directo con Salamanca. Algunos están aquí por encarnar emblemas de una época, de una idea, de una mirada del mundo; máscaras de piedra que susurran al atardecer y arrastran historias asombrosas, como la de Pelayo Pérez Correa, quien —cuenta la leyenda— mandó al sol detenerse para alargar el día y rematar la victoria sobre los moros en la batalla de Tentudía antes de que cayera la noche.

Quizá sea este el momento de decirles que, entre mis arcos, guardo sesenta y siete medallones tallados… y veintiuno aún en blanco. De todos apenas tres muestran rostros de mujer: Teresa de Jesús, Isabel de Farnesio e Isabel I. Escasa presencia femenina para tanta historia de mujeres notables que en Salamanca han sido; demasiado silencio para tantas voces de mujer que aprendieron a pensar en Salamanca: Beatriz Galindo «la Latina», Lucía de Medrano, Matilde Cherne, Carmen Martín Gaite… y tantas otras que no nombro. Me habría gustado oficiar de albacea de su memoria y acoger a muchas más; ofrecerles un hueco en la piedra junto a reyes, guerreros y santos, porque también ellas trenzaron la historia, sostuvieron la vida con manos pacientes y pensaron el mundo hasta darle una forma más humana, una forma de casa habitable, un hogar. No me fue dado elegir, pero aún conservo veintiún huecos vacíos —veintiún nichos de silencio, pocos para el porvenir y para la eternidad a la que aspiro—. En cada uno cabe un nombre que espera ser recordado para volverse memoria.